

Rubén Mendoza  
Cineasta

# De lo que es, en parte, Raúl

(Recibido: 19-04-2016;  
Aceptado: 15-08-2016)

## Resumen

*Aquí se apunta sobre cómo circulaba el mito de Raúl en el aire colombiano, y sobre cómo fue llegando a los oídos inmensos y sordos de la sociedad. En la casa de mi familia su voz fue muy importante. Como la de muchos otros literatos rebeldes, inclasificables. Cuando una enfermedad física hacía bordear la locura por dolor a mi papá, la voz grabada de Raúl era una de las pocas músicas que lo adormecía. Un disco que teníamos en casa con su voz nos fascinaba. Nos maltrataba y acariciaba, y hacía cosquillas. Hacía sentir, mucho antes de saber que Raúl llamaba a su manera poética el sentidismo. Recordando a Gil de Biedma... para qué hacer poesía si se puede ser poesía. Si se puede ser poema, ése era Raúl. Cuando todas estas voces que lo amaron y lo aborrecieron empezaron a juntarse en mi cabeza, y en las de los amigos y cercanos que queríamos a Raúl, crecía la semilla y el tallo del mito.*

## Palabras clave

*Locura, casta poética, carta, fastidio, leyenda, manicomio.*

## Abstract

*Here he points about how it circulated the myth of Raul in the Colombian air, and how he was coming to the immense and deaf ears of society. His voice was very important in my family's home. As the of many other literary rebel, unclassifiable. When a physical illness caused my dad to go crazy over pain, Raul's recorded voice was one of the few songs that lulled him to sleep. An album that we had at home with her voice fascinated us. He mistreated and caressed us, and he tickled. It made him feel, long before he knew that Raúl called his poetry in his own way. Remembering Gil de Biedma ... why make poetry if you can be poetry. If you can be a poem, that was Raúl. When all these voices that loved and abhorred him began to gather in my head, and in those of the close friends we wanted Raul, the seed and the stem of the myth grew.*

## Keywords

*Madness, chaste poetic, letter, nuisance, legend, Madhouse.*

Cualquier hombre o asunto empieza a volverse público por el poder de sus actos, de su obra y del rumor. El teléfono roto de la tradición oral, del chisme, que todo lo perfuma y lo empuerca, va volviendo la curiosidad una empresa, una disciplina a medida que se profundiza. A medi-

da que se aprende una materia se va volviendo un idioma. Y mientras más se use, más se domina. Aquí se apunta sobre cómo circulaba el mito de Raúl en el aire colombiano, y sobre cómo fue llegando a los oídos inmensos y sor-dos de la sociedad.

*Si mi primo, que era un titán, tenía dificultades para alzarlo; no imagino el tamaño de Raúl Gómez Jattin. Porque a mi primo Rodrigo, unos diez o doce años mayor que yo, yo lo veía inmenso. Con un humor prodigioso bajaba cosas de donde yo no alcanzaba, para compartirlas conmigo. Me contó que Raúl se aparecía como un gigante en la Escuela de Bellas Artes de Cartagena, desnudo, alterado y perdido. Loco. Rodrigo, mi primo, era profesor de fotografía allá. Y llegara hacia su sector o a otro, lo hacían venir porque en sus brazos cabía Raúl. Con dificultad, pero cabía. Y él lo levantaba, seguramente de manera noble, y lo iba llevando afuera. Raúl iba en brazos, desnudo, pataleando como un bebé enorme, y diciendo la infantil pero afilada frase: “Cachaca hijueputa... suéltame, chachaca hijueputa”. Cachaca se le dice a los del interior, a los de Bogotá, a los rolos (aunque “rolos”, “cachacos” o “paisas” –del eje cafetero, una patria por acento– también se le dice a cualquier “blanco” que no tenga el hablado del lugar en donde se encuentre). Todas estas palabras se pueden decir como un cariño, son una especie de gentilicio popular. Pero todos también pueden hacerse sonar muy ofensivos. Como pasa en cualquier lengua. Es una forma más de decir “foráneo”. Fue la primera historia que oí de Raúl,*

*y me la regaló la misma persona que tiempo atrás me había obsequiado El esplendor de la mariposa, que no recuerdo que me haya dejado impactado, herido, siendo un adolescente. Así empezó a crecer la semilla de Raúl en mí. Hasta hacerse árbol, ceiba descomunal.*

En la casa de mi familia su voz fue muy importante. Como la de muchos otros literatos rebeldes, inclasificables. Cuando una enfermedad física hacía bordear la locura por dolor a mi papá, la voz grabada de Raúl era una de las pocas músicas que lo adormecía. Que le daba paz. Mi muy adorado viejo, preparándose conmigo y con otros para la muerte, masticaba cada verso, allá junto a las montañas de Villa de Leyva y de Iguaque, en el frío interior, lejos de los paraísos tibios e hirvientes de Raúl, las sabanas del río Sinú, Cereté, Córdoba. En Colombia no hay estaciones, hay altura, hay pisos térmicos. Las estaciones son horizontales, se vive en frío invierno o ardiente verano. Cereté o Villa de Leyva son nombres que fuera de Colombia se desconocen, así como el mamey, o el mamoncillo, frutas deliciosas de la costa. O como el juego “De La Habana viene un barco cargado de...”, que le termina de dar sentido al poema “Isabel”. Solo acá se juega así. En otras partes se

le conoce como “Simón dicezzz”. Un niño dice “De La Habana viene un barco cargado de... frutas”, o animales, o carros, o pájaros. Y los otros deben empezar una lista que avanza en círculo hasta que los niños agoten las palabras, hasta que alguno se quede mudo.

Ese disco que teníamos en casa con su voz nos fascinaba. Nos maltrataba y acariciaba, y hacía cosquillas. Hacía sentir, mucho antes de saber que Raúl llamaba a su manera poética el *sentidismo*. Hacía sudar de amor y de deseo antes de saber de oídas que “Raúl es pansexual”, y que invitaba a tener sexo hasta con una mata de plátano, y que escribía sobre el mito del sexo con las burras.

Con sus poemas iban llegando esas voces y, a veces, con las voces, las bocas. Primero en libros, en testimonios (algunos después arrepentidos); y después las bocas con los cuerpos. Amistades que sin saber nos había dejado Raúl, para reconstruirlo. Amigos, cada un verso enorme de un poema enorme: Raúl. Recordando a Gil de Biedma... para qué hacer poesía si se puede ser poesía. Si se puede ser poema, ése era Raúl.

Cuando todas estas voces que lo amaron y lo aborrecieron empezaron a juntarse en mi cabeza, y en las de los amigos y cercanos que

queríamos a Raúl, crecía la semilla y el tallo del mito. En libros como *Ángeles clandestinos* se recuperó un catálogo de voces cercanas al poeta y hablaron de su visión del mismo. Con amor y compasión la mayoría, y muchos aprovechando que el poeta ya no habitaba esta tierra y no podía defenderse con nuevas palabras. Quedaban como escudo las que había dejado, las inmortales.

Entonces, los episodios que eran chisme, al pasar al papel se hacen bibliografía. Y del papel escalan, ya en otra escala, por los ojos, a la cabeza. Ya es conocimiento, ya es academia, objetos de estudio; no se hacía menos seductora su figura y su locura, aunque algunos abusos sobre su leyenda eran evidentes. Ardían de rabia algunos amigos y familiares al encontrarse textos donde se notaba demasiado la facilidad que otorgaba un caso maldito de poeta para llenar los bolsillos de otro, de un biógrafo. Pero en las voces propias era distinto.

Que un día llegó a casa de su amiga, una de las que le daban asilo y forcejeó con la empleada del servicio para entrar, con ese vicio de ser un patán voluntarioso cuando se enajenaba. Allá la botó adentro al sacudir la puerta y hasta le “hizo sangre”. Y luego la casa entera tiró por la ventana, como cuando uno se quita la ropa

y la deja al revés. La empleada buscó ayuda y la ayuda quería acabar con Raúl al precio que tuvieran los golpes. Pero con la ayuda venía la policía, y con la policía, los bomberos. Arriba el huracán Raúl, desnudo, seguía empelotando la casa. En un momento se puso una sábana como una túnica y esa casa se volvió el Olimpo, y él, Urano, dios de la lluvia. Y abajo la gente pagaba escondederos de a peso porque no había paraguas que aguantara esa tempestad de hornos, licuadoras, cobijas, sillas, libros. La escalera de bomberos desplegó su erección entera y como un dios más grande abriendo la mano, extendió la punta de su dedo en la ventana. Abajo la gente volvía a la calle tras el aguacero de enseres. En la punta de la escalera, uno o dos hombres lo ayudaron a subirse. En cuanto vio su público y la maravillosa tramoya teatral, Raúl, que había sido un importante actor de teatro universitario mientras se olvidaba de sus estudios, se amansó. Empezó a descender por esa escalerita, y la escalerita se recogía, y bajó así, el dios que adora, del cielo, a entregarse con tal nobleza a la policía, que ni el que quería golpearlo pudo encontrar argumentos para concretar la paliza. Al contrario. Con una generosa blandura, daba la mano, saludó como una estrella de la música al público y se dejó doblar la nuca por

una mano que lo entraba al carro policial, desde donde se seguía despidiendo en su papamóvil, en el carro de su fantasía por las calles del barrio La Candelaria, en Bogotá, donde cada vez quedaban menos manos dispuestas a socorrerlo, a exponerse a los embates de su locura.

En ese mismo barrio donde queda la Casa de Poesía Silva, en honor al poeta suicida del siglo XIX, José Asunción Silva (donde fue su casa), Raúl caminaba una noche, de donde salió otro de esos chismes magníficos. En una pared meaba Raúl. El poeta Juan Manuel Roca, muy famoso en Colombia, correctísimo políticamente y generoso como para ser prologuista de libros de “poesía” de figurines de la farándula, se lo encontró. Se lo encontró meando aún. Se decía que el poeta Roca envidiaba los versos de Raúl, y que había hecho que otros firmaran críticas demoledoras que él mismo había escrito sobre el meón, como si temiera el tamaño de sus versos: nunca se ha demostrado ni hay argumentos contundentes. Pero sí es verdad que buena parte de las voces oficiales de la poesía, de la casta poética, le tenía manía, fastidio.

Un poco lo que le pasaba a Miguel Hernández por el hecho de hacer poemas con los colores que tenía a mano, con los charcos, con los

vecinos; con su materia. Y un poco como a Miguel Hernández que recibió el “visto bueno” de Neruda, uno de los más grandes poetas de nuestra lengua, un viejo maravilloso y críptico salvó la vida literaria de Raúl con una carta: Jaime Jaramillo Escobar (X-504), ídolo literario de Raúl para más señas. Escribió una carta-poema bellísima que a su vez respondió Raúl con una carta-poema atornador. Cuando Jaime Jaramillo (que era de casta y no de la casta, por derecho poético además, no

porque fuera parte de esa máquina) le escribió a Raúl que era lo único vivo de la poesía colombiana, lo único que latía y ladraba, muchos tuvieron que dejar de apuntar sus plumas afiladas hacia Raúl y enterrárselas en cuello propio. La carta es tan palpitante y maravillosa, tan demoledora con la poesía y el arte que se relacionan lamiendo las manos al poder, con el arte que tiene que hacerse mendigo en la capital, que no vale la pena citarla. Hay que leerla entera.

*Querido Raúl:*

*He recomendado mucho tu poesía: a todo aquel que está enfermo le receto dos poemas tuyos y al que se acusa de algún pecado le mando a leer tres veces el poema de la burrita. A los viajeros les recomiendo llevar tus poemas en el bolsillo y a los que llegan les presento tus poemas como la única cosa vital, grande, oxigenada, robusta, libre, natural y bella que tenemos aquí: lo único con fuerza joven, originalidad, audacia, libertad y novedad que se encuentra hoy en el bazar de la poesía colombiana; lo único que se desborda, que brama, que tiene impulso y pasión, el único vendaval que nos refresca, primitivo, animal y selvático como un desodorante de TV, lo único apasionado y amoroso, ¡¡¡lo único!!! Lo demás está reglamentado por la Academia, pero tu eres territorio libre del poema. Todos los demás estamos maniatados por la crítica, los reglamentos del verso, los corsés de la gramática, las normas de la sociedad, los preceptos religiosos, las jaulas políticas, los considerandos utilitaristas, las*

*órdenes de los diáconos, la urbanidad, los regaños de la familia, las conveniencias del matrimonio, los impedimentos del trabajo, los rezagos burgueses. Pero tú eres el viento, eres un potrillo, eres el río que arrasa, no limitas con nada, no tienes cuñados en el cielo, no tienes participación en la bolsa de valores, eres un bruto, eres Atila, eres el mismísimo Adán, Dios en persona completamente loco deshojando los bosques y tirando las hojas al aire, eres el ciclón, la barriga pelada, el escándalo furioso, todo lo que yo no soy ni hay aquí poeta que lo sea, eres el fauno, el unicornio, el centauro, el volcán, ¡eres el putas! Las polvorientas calles de Cereté te ven y no te creen, porque nos ha dado por pensar que los poetas tienen que vivir en Bogotá, muertos de frío a las puertas de la Academia, mendigando un gerundio y poniendo mucho cuidado para que no se les vaya a picar el qué galicado. Los poetas de Bogotá se hacen tratamientos para la conjugación, toman pastillas para el pronombre, siguen una dieta rigurosa de solecismos y cacofonías y sufren el estreñimiento de la lengua. Pero tú ya hiciste la revolución, pusiste el mundo patas arriba, aunque no se den cuenta los que viven boca abajo. Estallaste, y aunque el eco de ese estallido se demore en llegar a la tierra, te amo como a una fuerza primigenia que crea y modela. Cuando empezabas apenas a caminar, dabas los primeros pasos de siete leguas, poeta desboca, lengua-raz, deslenguado, gigantón y desnudo, desusado, desmesurado, indomable. Aunque aún no te había visto, presumo que tu persona debe tener ese hálito avolcanado de tus poemas. No cabrías en mi pequeño cuarto, no cabrías en esta ciudad, tú eres el padre de la selva. Mándame todos los poemas que tengas, quiero ahogarme en ellos. La poesía colombiana te estaba necesitando porque nosotros caímos en la trampa. Tú eres el único que queda libre. No te dejes coger. No te dejes cazar. Si te cogen, mátalos. Mátalos.*

Carta del poeta Jaime Jaramillo Escobar  
a Raúl Gómez Jattin

Volviendo al muro de la capital en el barrio La Candelaria, el paso de Raúl por el eje central de la vida cultural colombiana, Bogotá, se daba en las calles, no en cocteles ni embajadas, no en tertulias. No frecuentaba círculos intelectuales. Pasaba y padecía las calles, las casas de amigos, los muros. Y ahí estaba, esa noche, tambaleando y meando. Juan Manuel Roca, correcto poeta, le dijo al reconocerlo: “Me han dicho que eres un excelente poeta, pero que como persona dejas mucho que desear”. Raúl le respondió: “Me han dicho de ti exactamente lo mismo, pero al contrario”. Golpe donde más duele a un poeta, en la poesía.

¿Por qué se le juzgaría a Raúl como persona? ¿Será porque caminaba desnudo en Cere-té y se bañaba en los tanques de agua limpia en donde hacían acopio las casas? ¿O porque la puerta abierta que encontrara de cualquier casa la tomaba como una invitación directamente a la nevera, la cual desocupaba en su boca de oso como quien cogiera simplemente una lata de cerveza y la escurriera?, ¿O porque le gustaban los hombres, y las mujeres, y las gallinas, y las cabras y las burras, mejor los burros, las matas de plátano, los amores imposibles? O porque se encontró una compañera actriz del grupo de teatro, cuando, a cientos de cientos

de kilómetros y de grados centígrados de Bogotá y la universidad y el grupo de teatro de la Universidad Externado de Colombia fue con sus obras a la natal Cereté del poeta y se instaló en la casa materna donde la niña Lola, Lola Jattin, la actriz del grupo caminaba por los corredores de la casa y fue a buscar algo al cuarto de la señora, justamente, donde dormía esos días de gira y de visita, y abrió con sigilo la puerta sin imaginar jamás que iba a encontrar lo que describió: a Raúl, su actor y compañero de grupo, con algo así como 25 años, siendo amamantado por su madre. Por la niña Lola. Una especie de extraña Piedad. Así me lo imagino. O será por Lola justamente. Porque la amó sin límites, sin los límites que dan al odio siquiera. La amó locamente, literalmente de manera loca, especialmente después de la muerte de Joaquín Pablo, su papá. La amó hasta que tenían que escondérsela. La amó porque a ella, coja, y a otra anciana las puso a correr en una casa, descalzas, en un corredor que él mismo saturó con jabón en el piso. Si se caían las golpearía. O porque pidió una bandeja donde poner su cabeza, la de Lola, cuando se la cortara después de teñirle él mismo el pelo. O porque en la casa donde descubrió que la escondía la familia, en la ciudad de

Montería, decidió instalarse. Afuera. Sitiándola en algunas ocasiones por más de una semana. Volteando las canecas de la basura pública por las ventanas abiertas. Lanzando piedras, rompiendo vidrios, incendiando las cortinas.

Y así. Diez mil versiones que de chismes pasan a verdades, o que eran verdades que se volvieron chismes. Y con algunas de esas verdades dolorosas, y con el golpe de la muerte de su mamá para acabar de desajustar su rengueante corazón, su rengueante cuerpo material, su rengueante mente, y con su enjaulado espíritu, empieza su deambular por manicomios e instituciones psiquiátricas de muchos lugares. Alguna vez, cuando su hermano Rubén lo llevaba a un manicomio en Medellín, Raúl logró convencer al médico de que él no estaba loco sino que el loco era su hermano, y parte de su locura llevarlo al manicomio, con tanta habilidad y carisma que le creyeron. Que se libró. Todo eso se sabía. También que había muerto deambulando por Cartagena, ya en la indigencia. Cartagena que también le había regalado por años varias guaridas de amigos, hasta que se veían en peligro, o se sentían amenazados. Había muerto después de una noche en que la policía lo dejó dormir en la cárcel para que no lo despedazara un grupo

que perseguía habitantes de calle. Y esa madrugada, saliendo del calabozo/hotel, un bus, con o sin intención, o un carro, o un camión, mató a Raúl, o él se suicidó contra éste. Todo es ambiguo. Nada se sabe y todo se parece.

Siempre la materia de la leyenda y del mito quedaban arrinconadas con los poemas. Era lo que amábamos y lo que nos hacía vibrar. Yo estaba agradecido con que lograba hacer mirar a mi papá a otro sitio distinto de su enfermedad. Agradecido del *sentidismo*, de que me hiciera sentir apuñalado por los cuchillos de su poesía a los que finalmente ni él mismo se acostumbró. Yo quería hacerlo cine, volverlo película, sin saber que él ya era una película, un libro, una pintura, sin tener que serlo.

Pero emprendimos junto a un hermano la escritura de un proyecto: *Los poemas de la fiebre*. Un proyecto de película. Ganamos una beca de escritura que nos robó un productor inescrupuloso, pero de la que alcanzamos a disfrutar unos mil dólares (menos del cinco por ciento del total), con el que emprendimos un viaje maravilloso y austero por Montería, Cereté, Bogotá, Medellín y Cartagena. Los sitios de deambular, de vivir y de psiquiátricos principales de la vida de Raúl, en esquinas distantisimas una de la

otra, donde la existencia de Raúl hubiera permanecido un tiempo. Nos fuimos con la cabeza llena de chismes y verdades, con los poemas en disco y en la memoria y bajo el brazo, repitiéndolos hasta el cansancio. Buscando a Raúl, imitando su voz inimitable, su tono. Haciendo esa especie de amistad unilateral que tiene uno con los artistas que admira y ama, con los muertos. Empezamos con muchos de sus ángeles clandestinos, de sus vecinos, de sus protectores, de sus detractores, de sus músicos. Fuimos al cementerio de Cereté a comprobar que la única tumba que tiene un árbol, que además nació sin ser sembrado por humanos, es la de él. Un arbolote señor del cementerio que sale del centro de Raúl. No hay otra tumba con árbol. Parecía un chiste de la naturaleza. Una burla a “Pequeña elegía”: ya para qué seguir siendo árbol.

Y entonces todos los chismes se volvieron mierda. Dejaron de importar. Empezaron a aparecer los chismosos, hermosos, las bocas, los cuerpos que transportaban esas historias de la carne en que la vivieron, a ese presente, quince años después de la muerte de Raúl. Todos tenían aún la herida abierta. La herida abierta de Raúl. Una herida tan bella y tan abierta como para confundirla con una boca, con una sonrisa, con

una carcajada. Empezamos a armar ese Raúl de las decenas de raúles que se nos presentaron con cada encuentro. Empezamos a ver y a comprobar que a todas esas miradas les había alterado el brillo, como alteró la nuestra, nuestra alma, sin haberlo conocido.

Pero todos estos seres eran pozos de donde había bebido Raúl. Y el río Raúl había alimentado a todos esos pozos. Junto a ellos se resistí.

Iba apareciendo ante nosotros en más de cincuenta encuentros programados. Se iba revelando. Todos hablaban con amor, entrañablemente, y recordaban con dulzura el temor que alguna vez sintieron frente al tamaño de Raúl, mezclado con el tamaño de su locura. Su corazón de toro, de tractor, de tanque los había dejado palpitando desde entonces. Raúl no había echado raíces cuando ya esparcía semillas; también las de su locura que echaron a crecer en cerebros ajenos de amigos adorados. Algunas de esas voces quedaron atrapadas en la locura, sí, pero sobre todo en la poesía. Encontramos amigos en todas las ramas del árbol. En todos los niveles sociales. Desde la indigencia hasta la más fina alcurnia. A todos los atravesó. A algunos los dejó sin aliento, herencia de su asma. Pero a todos los tocó. A algunos los hirió, los atravesó con una flecha.

A todos los dejó sin protección porque en el fondo protegerlo era protegerse. El día en que lo mataron o se suicidó o murió, dejó a todos perdidos de hijo perdido. Por más que le temieran, lo adoraban. Además de ser un dios que adora es uno adorado: extraordinario y ordinario. Todos lo recuerdan con sonrisas nostálgicas, aceptando la herencia de la poesía y de la locura. Algunos viviéndola, recibiendo sin preguntarse. Todos huérfanos y deshijados: sin niño especial a quien cuidar, sin alcahueta que celebrara la locura. Un día, mi hermano me dijo

que los árboles eran tan evolucionados que ni siquiera necesitaban moverse. Pensaba en Raúl como un árbol. En que no se resignaba a echar raíces. A estarse quieto. Se resistía. Por eso hacerlo árbol, así el creyera que ya no valía la pena serlo, su única labriega pudo ser la muerte. Y se quedó quieto en el asfalto, quieto como un árbol. O como un árbol creciendo disimuladamente, por años, por siglos, dentro de otros, en otros suelos, en otras lenguas, en corazones que corearon sus poemas como canciones, en el eco de una tarde de hongos mágicos.



De izquierda a derecha:  
Martín Vázquez,  
Jaime Jaramillo Escobar X-506  
Y Rubén Mendoza